

Reseña a cargo de Myriam Judith Bitar

Licenciada en Psicopedagogía

Libro: Crecer Apurados. Los límites en Juego. Psicopedagogía en extensión.

(2da Edición)

Autora: Liliana González

Editorial: Ediciones del Boulevard. Noviembre de 2016.

La autora Liliana González nació en Córdoba, Argentina. Está casada. Tiene 3 hijos y 5 nietos. Es profesora y Lic en Psicopedagogía, egresada del instituto Superior Dr. Domingo Cabred y de la Universidad Nacional de Río Cuarto.

Es especialista en niños y adolescentes. Coordinadora de talleres y seminarios para padres y docentes. Autora de libros de su especialidad. Conduce la columna educativa del Noticiero de Canal 8 de Córdoba. Ganadora del Premio Santa Clara de Asís 2.014.

La propuesta de la autora es de gran relevancia para la formación académica de los alumnos de la carrera Lic. en Psicopedagogía, ya que plantea los grandes cambios que se vienen dando en el campo: nuevas demandas, nuevos síntomas, ambos relacionados con los cambios sociales de gran impacto tanto en la familia como en la institución escolar.

Es relevante atender a que estos cambios producen un impacto en las constituciones subjetivas de niños, adolescentes y jóvenes que llegan a la consulta con distintos modos de ser y de aprender. Modos que se presentan también por las nuevas configuraciones familiares, la revolución tecnológica, el impacto de la cultura de la imagen sobre la palabra, el cambio en el esquema de valores, la caída de la escuela como lugar del conocimiento, entre muchos otros.

Crecer implica un tiempo que no responde a almanaques o relojes.

Cada niño tiene su modo y su tiempo de crecer y aprender que depende de su genética, pero especialmente de la particular crianza que para él elige su familia. El problema radica en que, para llevar adelante esos procesos de crianza, los adultos deben querer hacerlo, resignar a veces sus tiempos personales o de ocio para poder

acompañar a sus hijos en cada etapa, causar las actividades para que encuentren sentido a su vida y amplíen sus miradas acerca del uso del tiempo libre, dejar un espacio para el aburrimiento que da lugar al juego y a la creatividad.

Algunos padres, por distintas razones, los apuran a sus hijos logrando maduraciones precoces y responsabilidades tardías. Llegan entonces las nuevas demandas a los consultorios que implican, con urgencia, pensar la práctica profesional en el contexto de la subjetividad de la época.

La autora habla de *nativos digitales*, niños que nacieron en la cultura de la imagen; se multiconectan, atienden simultáneamente varias cosas a la vez; son "zapinescos", consumen horas de pantalla cada vez más precozmente, y esto no es sin efecto en la constitución subjetiva.

Hay nuevos síntomas que señala la autora que se van descubriendo en *los consultorios pediátricos*, por ejemplo: sedentarismo, problemas visuales, posturales, obesidad por sedentarismo; trastornos del sueño, dispersión, ansiedad e intolerancia a los fenómenos lentos.

En *los consultorios psicopedagógicos*: trastornos de atención; apatía y desinterés por lo escolar (aburrimiento) y una notable caída de la autoría. Acostumbrados a apretar botones, dice la autora, y que todo llegue hecho por otro, se encuentran con una escuela que convoca al autor (cuentos, dibujos, problemas, pensamientos críticos, debates, reflexiones personales). Es allí donde se produce un fuerte desencuentro entre la cultura de la imagen y la de la palabra.

Precisamente, durante gran parte del tiempo en que los niños permanecen conectados, el pensamiento y el lenguaje se ponen entre paréntesis y son precisamente esos procesos simbólicos los que la escuela les está demandando. El "ya" y el "ahora" dificultan los procesos simbólicos y afectan la posibilidad de reflexión.

Entonces, la escuela, que no está preparada para trabajar con nativos digitales, debe repensar su rol, como también debe hacerlo el docente, ya que debe prepararse para atender la diversidad en el aula, para generar la motivación interna de los alumnos para aprender aquello que no está al alcance de un clic. Y eso tiene que ver con la búsqueda de su deseo de ser y de hacer; con la afectividad puesta en los vínculos, con el reconocimiento del otro como posible y real, especialmente cuando la soledad o el vacío existencial se hacen presentes.

Señala también que algunos trastornos de atención y dificultades en la adquisición del lenguaje (se ofertan más imágenes que palabras), están relacionadas a esta hipervisibilidad, al exceso de estímulos sin tiempo para procesarlos, lo que a su vez produce un estado de hiperexcitación.

Si a la exposición excesiva a las pantallas le sumamos la soledad, es decir, la ausencia de la función familia a la hora de controlar y filtrar contenidos, se corre el riesgo que especialmente las infancias sean prematuramente atravesadas por el mundo adulto, sobre todo en sus aspectos obscenos y siniestros. Por ello, dice la autora, pareciera que estamos frente a lo que muchos autores ya anunciaban: la desaparición de la infancia o el fin del siglo del niño.

Niños adultizados, púberes precoces, adolescencias riesgosas, adultos pretendiendo la juventud eterna. En fin, el tiempo está en juego y la prisa parece generalizarse.

La autora insiste en señalar que el problema no es la tecnología, sino el borramiento de los adultos, la fisura en los vínculos, el no poder sostener las diferencias entre lo público, lo privado, los bordes entre lo adulto y lo infantil.

Si a ello se le suma que por razones de seguridad los niños y adolescentes vienen perdiendo los lugares de socialización (veredas, plazas, parques, potreros), donde se aprendía a jugar con otros, a respetar la ley, a ganar y a perder, a cultivar la amistad, la escuela queda como el único lugar para el encuentro con los pares y para la transmisión de valores culturales.

El texto intenta reflexionar cómo se juega esto en cada escena fundante: familia, escuela, sociedad y los costos de ese "apuro" traducido en un nuevo tipo de malestar y en síntomas inéditos.

La autora propone hablar de la Psicopedagogía en extensión, precisamente porque *"se amarra en la idea de que el Aprender atraviesa toda nuestra vida, nuestros tiempos, nuestros espacios"*.

Señala que, en el consultorio psicopedagógico se hace presente cada vez más la dificultad para establecer límites al escuchar padres "desbordados", indecisos entre el sí y el no, dominados por sus propios hijos, oscilando inseguros entre premios, penitencias y castigos.

Se asiste a niños también "desbordados", des limitados, con cuerpos en permanente movimiento, algunos sin registrar la presencia del otro como adulto.

Sabemos de aulas donde la frontera clase-recreo es muy difícil de sostener. Donde hay padres que invaden el accionar docente con fenómenos que incluyen control, desautorización y violencia.

Crecer apurados incluye conferencias para padres, talleres con docentes, columnas televisivas, intervenciones en congresos de la especialidad y de otros campos otrora impensados para dar cuenta de una pedagogía en extensión.

Y allí, también el límite, el borde disciplinario respondiendo a la ética que atraviesa nuestra praxis sobre el aprender y sus avatares.

Tanto en la clínica como en los trabajos de extensión aparece la necesidad de marcar un borde, un "hasta acá llegamos", ya que cada situación de aprendizaje que nos convoca se entrelaza con cuestiones psicológicas, sociológicas y biológicas. Otros campos que por razones éticas no debemos invadir.

No obstante, la autora afirma que la Psicopedagogía ya se ha instalado en el discurso social, que hay que seguirla enriqueciendo sin perder su esencia fundante: el aprender y sus dificultades.

Un texto que por su versatilidad y claridad no puede no utilizarse en la formación académica de los alumnos, ya que invita a pensar de manera crítica no sólo el rol del profesional de la psicopedagogía, sino también el de las instituciones como la familia, la escuela, la sociedad que avanza y se complejiza, pero que al mismo tiempo presiona y limita. Revisar también el rol de los adultos para asumir y aceptar las diferencias, repensar nuestro rol de autoridad ante nuestros hijos, fortalecer los vínculos con afecto sincero, con presencia generadora de espacios de encuentro, de diálogo, de juego.

En suma, un texto que invita a acompañar las infancias y adolescencias, sin vueltas, sin rodeos, sin apuros, respetando cada etapa y sin miedos, asumiendo el rol que como adultos tenemos, sin borrar diferencias, sin renunciar a los sueños. Propiciando siempre el encuentro de cada uno con su deseo.